En la tercera etapa de su obra, Celorio señala el punto de partida del realismo mágico:

... hay que hablar también de un factor ... esencial en el desarrollo de nuestra cultura mestiza: *el asombro*. El asombro de un Cristóbal Colón que veía maravillado a los indios tomar la espada por el lado del filo. El asombro de un Alonso de Ercilla frente a las aguerridas tropas de Caupolicán. El asombro de un Bernal Díaz del Castillo al entrar a esa ciudad de Tenochtitlán, que "parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís" ... (p. 154).

Como nos hace recordar el autor, se trataba en realidad de un proceso histórico, casi lógico: "las novelas de caballería de la Edad Media desembocan en las crónicas de los que descubrieron y conquistaron estas tierras ..." (p. 153).

De la conclusión ("El deslinde") se pueden deducir dos puntos básicos: 1) *el asombro* ha existido por siglos en tierras de Indias y fue el surrealismo el que creó el ambiente propicio para incorporarlo a la mentalidad literaria hispanoamericana; y 2) tal *asombro* data de la visión de lo maravilloso que existe en la realidad americana y no hay que inventarlo "de manera artificial ... sino descubrirlo" (p. 111). A lo cual cabría agregar una reconfortante línea: "América está lejos de haber agotado su caudal de mitologías" (p. 112).

En lo que toca a las no siempre claras definición y concepción del realismo mágico de la literatura hispanoamericana, este texto me ha proporcionado respuesta a varias interrogantes que como profesor he guardado por años. Queda que se me conteste otras: ¿es el realismo mágico privativo de Latinoamérica? ¿Es posible en la literatura de una sociedad altamente civilizada y mecanizada, que haya destruido su tradición del *asombro*, si alguna vez la tuvo? ¿Qué decir en este caso de la narrativa del alemán Günter Grass o de algunos cuentos "argentinos" de Jorge Luis Borges ("El sur"), clasificados por Dale Carter dentro del realismo mágico? Pero estas preguntas sobrepasan el ámbito de la exposición de Celorio, que en menos de doscientas páginas contesta ya demasiado.

Colorado State University

EVELIO ECHEVARRIA

DAVID WILLIAM FOSTER. *Currents in the Contemporary Argentine Novel*. Arlt, Mallea, Sábato and Cortázar. University of Missouri Press, 1975.

Sobre la novelística de Eduardo Mallea, Ernesto Sábato y Julio Cortázar hay toda una biblioteca escrita en las tres Américas, así que la única novedad de este libro, un poco antológico, es el estudio escrito en inglés sobre Roberto Arlt, el cual, según entiendo, es el primero. Ya era hora de que un escritor tan excepcional en su momento se diera a conocer fuera de su país, donde ha estado siendo reevaluado en los últimos quince años.

El crítico norteamericano utiliza un método muy sencillo: en lugar de dar una evaluación crítica del escritor que estudia, hace un análisis bastante textual

de una sola novela del mismo, ilustrándola con largas citas. Sólo en el caso de Arlt las citas son justificadas, en que el escritor argentino no ha sido traducido ni publicado en inglés. Extrañan un poco las limitaciones de las referencias críticas, reducidas casi siempre a autores norteamericanos, cuando de los países latino-americanos si alguno puede ostentar una crítica sólida es precisamente Argentina. Foster no sólo se limita en sus citas a los críticos de los Estados Unidos, sino que olvida algunos de primera magnitud, como los especializados estudios de Myron Lichtblau sobre Mallea. En el caso de Arlt, cuando han faltado las citas de críticos norteamericanos porque nunca se ocuparon de Arlt, el autor cita a Juan Carlos Ghiano, pero deja a un lado a los críticos argentinos más autorizados sobre el novelista, como Angel Núñez, David Maldavsky y J.J. Sebrelli.

Como el autor se limita a una obra del novelista, difícilmente se puede afirmar que es un estudio del escritor sino un análisis de una novela de cuatro representantes más formidables de la novela argentina. La única ausencia notable del cuarteto es Leopoldo Marechal, y de los más contemporáneos, Manuel Puig. Sin embargo, hay que reconocer que por primera vez se publica en lengua inglesa una obra que trata de buscar una continuidad en la novela argentina de los últimos cuarenta años.

El autor trata de compaginar dos puntos de vista, dos actitudes, la novela como estructura y la novela como ensayo, lo que en novelistas como Mallea y Sábato tiene su razón de ser. Por un lado, Foster analiza la caracterización del personaje, las funciones del narrador y el proceso creador, pero lo que más le concierne es el aspecto ensayístico de esa ficción. No hay duda de que las cuatro novelas aquí elegidas se prestan a esa búsqueda de "Everyman" a que está dedicado el autor de este libro.

El estudio comienza con un breve resumen de la novela argentina a guisa de prólogo a la novela argentina contemporánea, el cual no añade mucho ni en información ni en análisis, habiendo como hay abundantes obras sobre el tema fuera y dentro de la misma Argentina. Sin embargo, sirve para poner en perspectiva la evolución del género en la región más importante de América del Sur.

El segundo capítulo, que debió de llamarse primero, trata de una novela de Arlt, *Los siete locos* y su continuación *Los lanzallamas*. Más que un análisis de la estructura de la novela, el crítico va glosando el argumento de la novela, salpicada con agudas observaciones y largas citas, que para los que no han leído la novela, el método puede ser útil, ya que aun sin conocer la obra, el lector se entera del contenido. No hay duda de que fue un acierto del autor colocar a Arlt como precursor de la novela contemporánea de Argentina, pues a pesar de haber escrito poco en su breve vida, Arlt suplementó con intuición lo que le faltó en educación al tratar de explicar la angustia del hombre moderno. De allí, que habría que acusar a Arlt y no al protagonista Erdosain de "miopía intelectual" (p. 34), quien sin duda es el *alter ego* del novelista. En cambio, estoy totalmente de acuerdo con el juicio emitido por el autor de que la novelística de Arlt prefigura la de Cortazar y Sábato, y yo añadiría que la de Marechal (p. 43). Foster, muy por encima, pasa por la época de los veinte, la de Boedo y Florida, que apenas tiene en cuenta, y admite muy acertadamente que la novelística de Arlt

rompe con la tradición del realismo socialista con el cual a veces ha sido identificado por los escritores de Boedo.

Los capítulos tercero y cuarto, sobre *La bahía del silencio* de Mallea y *Sobre héroes y tumbas* de Sábato no añaden mucho de nuevo a los eruditos ensayos de Lichtblau y E. Rodríguez Monegal. En el libro de Foster, particular énfasis se da a la función del personaje y al mito o seudomito, como lo llama el autor (p. 96).

El capítulo quinto, dedicado a *Rayuela*, es un extraordinario esfuerzo por poner orden al caos de la novela, a la que Foster llama "fantasía neurótica" (p. 115), aunque no queda claro si el crítico se refiere al novelista Cortázar o al protagonista Horacio Oliveira. Todos reconocen la novedad de *Rayuela* como forma de ficción, pero pocos se han atrevido a decir que con ella Cortázar trataba de asestar un golpe de muerte a la novela tradicional, y que si algo demuestra la novela es precisamente la perennidad del género que es capaz de renacer con nuevo vigor después de una decadencia agotadora. El crítico norteamericano da una importancia particular a La Maga, y con razón, pues es el personaje más original del novelista que Foster hace trascender hasta la Beatrice de Dante. La comparación sólo tendría validez por su aspecto irónico: en cambio el autor nada dice sobre su directa relación con *Nadja* de A. Breton, *La Coja* de *Los siete locos* y Solveig Amundsen de *Adán Buenosayres* de Marechal. Tampoco parece que el autor entendió la intención de Cortázar al crear el personaje más porteño de París, Horacio, fruto directo del momento filosófico que dio lo mejor de las novelas de Camus. Reconozco, con Foster, las dificultades que plantea la novela de Cortázar: son trampas que hacen sonreír al novelista y un rompecabezas—a veces inútil—para los críticos.

Por último, el capítulo sexto, que debió ser una recapitulación y conclusión, es una colección de reseñas de ocho novelas más, dos de los mismos autores ya estudiados, Mallea y Cortázar, y seis nuevos, aunque difícilmente se puede llamar nuevo al veterano L. Marechal, cuyo *Adán Buenosayres* ni siquiera merece una mención. Los otros novelistas que según el crítico tipifican las constantes de la novela argentina son Antonio di Benedetto, Daniel Moyano, María Esther de Miguel, Pedro Orgambide y Manuel Puig. De todos ellos, sólo Puig puede realmente considerarse como entrado en lo que Foster llama una "alternativa" con éxito universal. La experiencia de *Rayuela* es intransmisible, y Foster está en lo cierto al buscar una alternativa a la ficción argentina universalizada por Cortázar.

Boston University

STASYS GOSTAUTAS

JUAN VILLEGAS. *Interpretación de textos poéticos chilenos*. Santiago de Chile: Nascimento, 1977.

Que la lírica chilena—dos veces galardonada con el Premio Nobel—ocupa un lugar de prestigio en las letras hispanoamericanas es indisputable. Y no son